

J. Alonso Aldama
C. García Román
I. Mamolar Sánchez
(eds.)

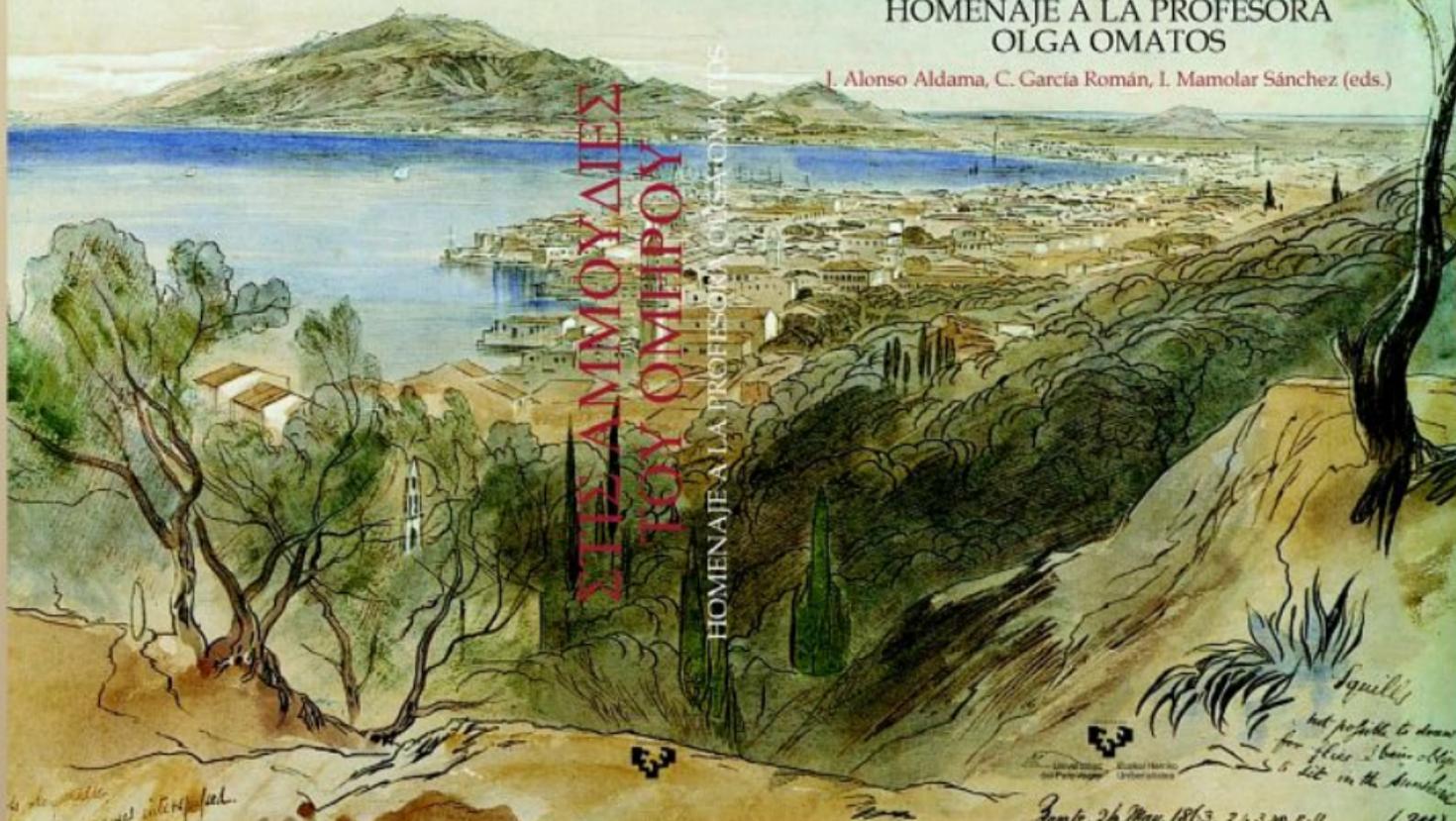
ΣΤΙΣ ΑΜΜΟΥΔΙΕΣ ΤΟΥ ΟΜΗΡΟΥ

HOMENAJE A LA PROFESORA
OLGA OMATOS

J. Alonso Aldama, C. García Román, I. Mamolar Sánchez (eds.)

ΣΤΙΣ ΑΜΜΟΥΔΙΕΣ
ΤΟΥ ΟΜΗΡΟΥ

HOMENAJE A LA PROFESORA OLGA OMATOS



Libros de la Universidad de Zaragoza

Fronte. 26. May. 1863. 24.3.20.2.11.

*Squills
but possible to draw
from floor & basin - 1/2
& 1/2 dit on the Ammoudia.*

(201)

CLASICISMO E ILUSTRACIÓN: MODELOS SIN NOSTALGIA*

ANTONIO DUPLÁ

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

1. Es indudable que lo que conocemos por Ilustración es uno de los fenómenos históricos más fértiles desde el punto de vista intelectual. En cierto sentido, es entonces, en el siglo XVIII, cuando surge plenamente el rostro de la Modernidad, como ha apuntado Fernando Vallespín.¹ Ciertamente, no cabe hablar de la Ilustración como de algo compacto y homogéneo. Por el contrario, se trata de un fenómeno multiforme, pues en realidad nos encontramos ante diferentes movimientos ilustrados a la vez en armonía y conflicto entre ellos.² En ese movimiento polimorfo y supranacional, en términos de Fco. Sánchez Blanco,³ sí cabe descubrir elementos comunes, en particular desde el punto de vista de la actitud intelectual, que un estudioso ha sintetizado en «pensamiento crítico, desconfianza hacia el saber establecido y el consentimiento universal: la defensa de la razón contra la convicción, del saber transformador contra la tradición».⁴

Con esa actitud crítica como punto de partida los intelectuales ilustrados, los *philosophes*, como eran conocidos sobre todo en el ámbito francés, cuestionan la realidad existente, en especial en el terreno político-constitucional. Pues, además de proponer un nuevo horizonte moral y la creación de una ética civil, los reformadores ilustrados tienen, en general, un «programa» político, que se traduce en el establecimiento de nuevas formas constitucionales como superación del Antiguo Régimen. Las Constituciones resultan así uno de los reflejos más evidentes de esa voluntad reformadora.⁵ Precisamente en relación con este horizonte constitucional se plantea la importancia de la Antigüedad clásica grecorromana como modelo de reflexión política, pues Grecia y Roma constituyen una de las referencias fundamentales en los escritos de los pensadores ilustrados. En su constante indagación de nuevas formas políticas, en su búsqueda de argumentos y mecanismos para superar la concepción teocrática del poder y el absolutismo, en su formulación de una nueva soberanía popular, del republicanismo, de la división de poderes, etc., las miradas se

* Este trabajo se integra en el Proyecto de Investigación de la UPV/EHU «El mundo antiguo en la Ilustración y el primer romanticismo vascos».

¹ F. Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política. 3. Ilustración, liberalismo y nacionalismo*, Madrid 1995, «Introducción», 8.

² J. G. A. Pocock ha hablado recientemente de «a family of Enlightenments» (*Barbarism and Religion*, vol. I. *The Enlightenments of Edward Gibbon, 1737-1764*, Cambridge 2003 [1999, repr.]). Nótese el plural «Enlightenments» del título.

³ Fco. Sánchez Blanco, *La Ilustración en España*, Madrid 1997, 14.

⁴ J. Fontana, *La Historia de los hombres*, Barcelona 2002, 83.

⁵ Sánchez Blanco (op. cit.) insiste en esta dimensión constitucional, incluso en la historia española, que culminaría en dicho caso en la Constitución de Cádiz de 1812.

vuelven de manera insistente hacia las repúblicas y los autores antiguos en busca de inspiración, ideas y modelos. El recurso a estas experiencias antiguas es permanente. Sin embargo, esta centralidad indudable de lo clásico debe ser matizada y ése es el punto concreto que se pretende subrayar en este breve trabajo. No me refiero al hecho de que la mirada se centre en determinados momentos y personajes de la Antigüedad clásica, en una labor de selección que responde a los intereses, motivaciones y necesidades de la época. Ése es un aspecto que ya es reconocido en los estudios más recientes sobre el clasicismo moderno y sobre el que volveremos más adelante.⁶ Me refiero más en concreto al hecho de que el interés por el mundo antiguo, por un determinado mundo antiguo ciertamente, se plantea sin ninguna nostalgia, esto es, se estudia el mundo antiguo, pero en absoluto se reivindica o se pretende una imitación o repetición del mismo. La «mirada» es muy otra y está condicionada por el optimismo y la confianza en sí mismos que evidencian los intelectuales ilustrados, directamente influidos por el dinamismo y el desarrollo económico y comercial de las naciones más avanzadas del mundo occidental en la época.

Una cita necesariamente extensa de una de las obras más representativas de la historiografía ilustrada puede mostrar bien este extremo.

2. Al final del tercer volumen de su monumental *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, el historiador inglés Edward Gibbon introduce una reflexión, a modo de recapitulación de la historia romana, que resulta muy interesante para conocer la perspectiva desde la que el historiador ilustrado analiza, por un lado, lo acontecido en la antigua Roma y, por otro, su realidad contemporánea a fines del siglo XVIII. De esas «General Observations on the Fall of the Roman Empire in the West» entresacamos unos párrafos particularmente significativos al respecto:

[...] This awful revolution may be usefully applied to the instruction of the present age. It is the duty of a patriot to prefer and promote the exclusive interest and glory of his native country: but a philosopher may be permitted to enlarge his views, and to consider Europe as one great republic, whose various inhabitants have attained almost the same level of politeness and cultivation. The balance of power will continue to fluctuate, and the prosperity of our own, or the neighbouring kingdoms, may be alternately exalted or depressed; but these partial events cannot essentially injure our general state of happiness, the system of arts, and laws, and manners, which so advantageously distinguish, above the rest of mankind, the europeans and their colonies. The savage nations of the globe are the common enemies of civilised society; and we may enquire with anxious curiosity, whether Europe is still threatened with a repetition of those calamities, which formerly oppressed the arms and institutions of Rome. Perhaps the same reflections will illustrate the fall of that mighty empire, and explain the probable causes of our actual security.

[...] The abuses of tyranny are restrained by the mutual influence of fear and shame; republics have acquired order and stability; monarchies have imbibed the principles of freedom or, at least, of moderation, and some sense of honour and justice is introduced in the most defective constitutions by the general manners of the times. In peace, the progress of knowledge and industry is accelerated by the emulation of so many active rivals. In war, the european forces are exercised by temperate and undecisive contests. If a savage conqueror should issue from the deserts of Tartary, he must repeatedly vanquish the robust peasants of Russia, the

⁶ A. Duplá, «Apuntes sobre clasicismo y modernidad», en: M.^a J. García Soler (ed.), *TIMHΣ XAPIN. Homenaje al Profesor Pedro A. Gainzarán*, Anejos de Veleia, Vitoria-Gasteiz 2002, 347-354.

numerous armies of Germany, the gallant nobles of France, and the intrepid freemen of Britain; who, perhaps might confederate for their common defence. Should the victorious Barbarians carry slavery and desolation as far as the Atlantic ocean, then thousand vessels would transport beyond their pursuit the remains of civilised society, and Europe would revive and flourish in the American world, which is already filled with her colonies, and institutions.

Gibbon finaliza sus «General Observations...» con las siguientes palabras:

Since the first discovery of the arts, war, commerce, and religious zeal have diffused, among the savages of the Old and New World, these inestimable gifts: they have been successively propagated; they can never be lost. We may therefore acquiesce in the pleasing conclusion, that every age of the world has increased, and still increases, the real wealth, the happiness, the knowledge, and perhaps the virtue, of the human race.⁷

Estas «General Observations...» de Gibbon fueron publicadas en 1781, fecha de la aparición del segundo y tercer volumen de su *Decline and Fall*, varios años después de la publicación del primer volumen, en 1776. Independientemente de cuándo fueran escritas, muestran que la importancia dada a la historia de la antigua Roma y a la continuación oriental del Imperio en Bizancio, no le impiden al autor subrayar las profundas diferencias

⁷ Cito por la excelente edición de la obra de Gibbon de D. Womersley (*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 3 vols., London 1994, vol. II, 511, 513 y 516). La traducción de J. Mor de Fuentes, de 1842, todavía la única existente en español, salvo error, es la siguiente: «Aquella revolución extraordinaria tiene su cabida provechosa en la instrucción del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar exclusivamente los intereses y la gloria de su patria, mas corresponde à un filosofo el ensanchar sus miras y conceptuar la Europa á fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido a encumbrarse al mismo nivel de instrucción y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino ú en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán á dañar esencialmente al estado jeneral de bienandanza, al sistema de artes, leyes, costumbres con que tanto descuellan en el orbe los Europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil, y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amagando a la Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas e instituciones de Roma. Quizás las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y esplicarán las causas probables de nuestra seguridad presente. [...] El influjo mutuo de zozobra y rubor enfrena los abusos tiránicos; descuellan el orden y la entereza en las repúblicas; ha trascendido a las monarquías el sesgo de la libertad, ó a lo menos de la moderación, y con las costumbres dominantes de la época, el pundonor y la justicia asoman aun en las instituciones mas defectuosas. Prosperan las luces y la industria en la paz con la emulación de competidores eficaces, y las fuerzas de Europa se ejercitan en la guerra con sus contiendas decorosas é indecisas. Si se arrojase un conquistador bravío de los yermos de la Tartaria, tendría que vencer a los forzudos campesinos de Rusia, a las crecidas huestes de Jermania, á la nobleza esforzada de Francia y al paisanaje libre y denodado de Bretaña, confederándose tal vez para la defensa comun. Aun cuando los bárbaros victoriosos llegasen esclavizando y asolando hasta las playas del Atlántico, diez mil bajeles trasportarían fuera de su alcance los restos de la sociedad civilizada, y la Europa florecería y descollaría en el mundo americano, cuajado ya con sus colonias é instituciones. [...] Desde el descubrimiento de las artes, la guerra, el comercio y el fervor religioso han ido dilatando, hasta por los bozales del mundo antiguo y nuevo, aquellos dones imponderables: cundieron prósperamente y nunca fenecerán. Tenemos pues que aunarnos en la conclusión halagüeña de que todos los siglos engrandecieron y están siempre engrandeciendo la riqueza efectiva, el bienestar, los conocimientos, y quizá las virtudes del linaje humano» (Madrid 1984, vol. IV, 404 ss.).

entre el mundo antiguo y el moderno. Las diferencias son tales, como para no poder permitir un colapso como el sucedido en la historia romana. En cierto sentido, Gibbon admite que la modernidad y el mundo moderno representan una recuperación de una de las señas de identidad del mundo antiguo, la de una sociedad civil no limitada por la autoridad eclesiástica. Desde ese punto de vista, aquella sociedad antigua era propiamente una sociedad moderna, como ha apuntado Pocock, que finalmente caerá ante el triunfo de los bárbaros y la religión. No por casualidad, el gran historiador de las ideas ha utilizado las palabras de Gibbon, «barbarism and religion»,⁸ para el título de su impresionante revisión de la obra del historiador inglés y de su contexto político e intelectual.⁹ Si atendemos a las palabras del propio Gibbon, el núcleo de su quehacer historiográfico es precisamente la narración de los precedentes y la oscuridad reinante en esa larga noche del milenio dominado por «barbarism and religion». Pero en ese capítulo colocado antes de la narración del mundo que sobreviene a la caída de Roma, Gibbon apunta ya sus tesis historiográficas y, en un sentido amplio, políticas. El fenómeno histórico que ha analizado, la caída de Roma en Occidente, es irrepetible. La recuperación de la soberanía cívica frente a la autoridad eclesiástica es irreversible. Como podemos leer en el fragmento citado, el progreso es generalizado en las artes, la política, la guerra y la economía. Europa participa de una prosperidad desconocida hasta entonces y el ambiente general, en suelo europeo, y también en el americano, es de una prosperidad e incluso felicidad, relacionada con la virtud, nunca vistas en la historia. Gibbon se hace eco de una situación dominada por unos Estados europeos que han superado las guerras de religión, han cuestionado el dominio papal y crecen de la mano de una economía dirigida por el comercio mundial.

3. Hace ya más de dos décadas, en una importante contribución sobre el clasicismo moderno se planteaba la dicotomía que recorre la tradición clásica moderna. El editor de aquel trabajo, R. Bolgar, señalaba que, en cierta medida, a partir de mediados del siglo XVII se puede hablar de una época de transición.¹⁰ Por una parte, se mantenían ciertas pautas del Renacimiento, por otra, se ofrecían parámetros nuevos. Al igual que en el Renacimiento, la experiencia clásica servía como referencia para medir los logros propios y, al mismo tiempo, suponía el punto de partida hacia nuevos conocimientos en campos muy diversos, tanto técnicos como artísticos. Según Bolgar, en determinados campos (historia, ciencias naturales, matemáticas, medicina) el conocimiento y la familiaridad con los antiguos permitía a los humanistas homologar sus propios conocimientos a los de aquéllos y seguir avanzando, mediante el acopio de nuevos datos que implicaran nuevos métodos y, finalmente, el cambio del entramado teórico en esas disciplinas. En otros terrenos, el intento de competir con los logros del pasado podía resultar más difícil, como en el arte, pero, en todo caso, la imitación de los antiguos se ponía al servicio de necesidades contemporáneas. En el terreno de la reflexión política, la tradición clásica adquiría gran respetabilidad y prestigio directamente aplicada al pensamiento político. Pero

⁸ Gibbon, *Decline and Fall*, ed. Womersley, III, 1068: «In the preceding volumes of this History, I have described the triumph of barbarism and religion».

⁹ De *Barbarism and Religion* han aparecido hasta ahora los volúmenes I. *The Enlightenment of Edward Gibbon, 1737-1764*, II. *Narratives of Civil Government* y III. *The First Decline and Fall*. Véase la importante reseña de M. C. Carhart y J. Robertson en *Storia della Storiografia* 39, 2001, 123-151.

¹⁰ R. Bolgar (ed.), *Classical Influences on Western Thought A.D. 1650-1870*, Cambridge 1979, «Introduction», 1-29.

la actitud hacia el legado clásico no estaba exenta de polémica. Prueba irrefutable de ello es la llamada «Querelle des anciens et des modernes» o la «Battle of the Books», que sacude los círculos intelectuales franceses e ingleses respectivamente hasta mediados del siglo XVIII. El centro de la polémica que enfrentaba a «antiguos» y «modernos» giraba en torno a la aceptación de la superioridad de griegos y romanos en todos los terrenos o en la consideración superior de los logros contemporáneos.¹¹ En un momento dado se consigue una aparente solución a través de una división de campos: los terrenos del conocimiento por acumulación (ciencias, filosofía) corresponderían a los modernos, mientras que aquellos terrenos con una relación de imitación con los clásicos se concedían a los antiguos.¹² En este segundo caso, la clave de la centralidad continua de los antiguos es la noción de que los autores clásicos son el elemento fundamental e imprescindible para la educación de la juventud y la educación política. En ese terreno, el de la elocuencia, la moral y la sabiduría política, está clara la dimensión de imitación y emulación de lo ya alcanzado en la Antigüedad clásica. Sin embargo, en otros campos, los presupuestos básicos son distintos y las actitudes más avanzadas suponen un corte con el primado de los antiguos. Recientemente lo destacaba A. Schiavone cuando recordaba las palabras de Galileo en su *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*. Allí el sabio italiano cuestionaba la autoridad de los antiguos y reivindicaba la necesidad de buscar un desarrollo científico autónomo y abierto a los nuevos descubrimientos y las nuevas posibilidades. En el horizonte de una nueva relación entre conocimiento, ciencia y técnica, los maestros antiguos no representaban ya el principio de autoridad. Schiavone subraya la dualidad de la relación entre Antigüedad y modernidad: por un lado, el terreno de la historia, de las relaciones sociales y políticas, en última instancia, de la naturaleza del poder, todavía en la órbita de los antiguos; por otro lado, el horizonte abierto y de posibilidades ilimitadas de la ciencia y la técnica.¹³

Un problema importante se plantea con una disciplina sin estatuto claro respecto a la división citada, como es la historia. Hasta cierto punto, señala Levine,¹⁴ se procede a un cierto reparto, la narrativa para los antiguos, la crítica filológica aplicada a la historia y el anticuarismo para los modernos. Para los partidarios de la concepción clásica y tradicional de la historia, ésta forma parte de la retórica, había alcanzado las cotas supremas de maestría narrativa en los autores grecorromanos y, desde luego, no existía ninguna pretensión de reescribir la historia antigua. Por el contrario, los modernos, que comparten una consideración positiva de la historia y su utilidad práctica, muestran su interés por las posibilidades que ofrecen la filología, la arqueología y la anticuarística para escribir un nuevo tipo de historia, incluso la de los propios tiempos antiguos. En opinión de Levine, la polémica sólo se superaría por un intento de acomodación y complementariedad que, precisamente, puede ser personalizado por Gibbon. El autor de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, representa un esfuerzo consciente por combinar la narrativa de la retórica clásica con la dimensión académica de la erudición filológica y anticuarística sobre un tema, la Edad Media, que conectaba y, al mismo tiempo, explicaba la enorme brecha abierta entre Antigüedad y Modernidad. Hasta cierto punto, ésa es la temprana tesis

¹¹ Una visión general de la «Querelle» en G. Highet, *La tradición clásica*, México 1986 (2.^a reimpr.), vol. I, 411-449.

¹² J. M. Levine, *The Battle of the Books. History and Literature in the Augustan Age*, Cornell 1991.

¹³ A. Schiavone, *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Bari 1999 (4.^a ed.), 216.

¹⁴ Levine, op. cit., 414.

sobre Gibbon de Arnaldo Momigliano, en la que el desaparecido sabio italiano destacaba el papel central de aquél en la historia de la historiografía. Gibbon representaría la síntesis entre el saber anticuarista derivado del Renacimiento y la filosofía de la historia ilustrada, todo ello imbricado en una historia narrativa en torno a las acciones ejemplares de los grandes personajes, de clara raigambre clásica.¹⁵

4. La distancia que toma Gibbon respecto a la Antigüedad clásica y el optimismo relativo a las naciones modernas en lo que hace a su desarrollo, prosperidad y estabilidad se entienden mejor a la luz de algunas de las teorías y estudios más interesantes de su época. Me refiero en concreto a las obras de la llamada «escuela histórica escocesa», que agrupa a pensadores como David Hume, Adam Smith, Adam Ferguson y John Millar, activos en la segunda mitad del siglo XVIII en Edimburgo y Glasgow.¹⁶ Todos ellos escriben obras en las que abordan el problema de la historia de las sociedades y el surgimiento de la sociedad civil, buscando un mecanismo explicativo para la evolución de las mismas. Centran su explicación histórica en el modo de producir los bienes necesarios, con una posible correlación más o menos directa de las formas económicas con las formas jurídicas e institucionales. En términos generales, llegan a distinguir cuatro estadios en la historia de la Humanidad, basados en la actividad económica fundamental, que les permite hablar, en un esquema claramente evolutivo, de sociedades de cazadores, pastores, agricultores y, finalmente, en su propia época, de comerciantes.¹⁷ Helmut Schneider ha estudiado recientemente las obras de estos autores en las que se hace una referencia importante a la Antigüedad.¹⁸ Entre estas obras hay que contar *Of the Populousness of Ancient Nations* de David Hume (1752), las *Lectures on Jurisprudence* (1762) y *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) de Adam Smith, *An Essay on History of the Civil Society* (1767) de Adam Ferguson¹⁹ y *The Origin of the Distinction of Ranks* (1771-1779) de John Millar. En todos estos autores, con diferentes acentos y matices, hallamos una concepción del ser humano como ser social, un interés por las relaciones entre grupos sociales, no tanto en las individualidades, y una distinción clara entre civilización y barbarie, como polos de un desarrollo histórico en clave evolutiva. Respecto a la sociedad antigua, se reconoce una evolución desde unos inicios de comunidades de pastores, con referencias al testimonio de Homero, hasta unas sociedades plenamente agrícolas, e incluso con muestras incipientes de actividad comercial e industrial. Sin embargo, ésta última no

¹⁵ A. Momigliano, «El contributo di Gibbon al metodo storico», *Contributo a la storia degli studi classici*, Roma 1954 (reimpr. 1979), 193-211; ahora en Íd., *Sui fondamenti della storia antica*, Torino 1984, 294-311. Pocock recoge la tesis de Momigliano en el vol. II de su *Barbarism and Religion*, «Introduction», 5 ss. No por casualidad, Pocock dedica este volumen «alla memoria di Arnaldo Momigliano».

¹⁶ Una breve síntesis de esta «escuela» en Fontana, op. cit., cap. V, «La invención del progreso», 107 ss.

¹⁷ Sobre esta teoría, R. Meek, *Social Science and the Ignoble Savage*, Cambridge 1976. Según E. Gabba (que remite a G. Bodei Giglione, «Dicearco e la riflessione sul passato», *RSI* 88, 1986, 629-652), las premisas antiguas de esta teoría son innegables.

¹⁸ H. Schneider, «Schottische Aufklärung und Antike Gesellschaft», en: P. Kreissl - V. Loseman (eds.), *Alte Geschichte und Wissenschaftsgeschichte. Festschrift für K. Christ zum 65 Geburtstag*, Darmstadt 1988, 431-464.

¹⁹ De A. Ferguson, Gabba ha estudiado su *History of the Progress and Termination of the Roman Republic* (1783), en la que aplica al caso concreto de la Roma republicana el esquema avanzado en el *Essay* («Adam Ferguson e la storia di Roma», en: P. Kreissl - V. Loseman [eds.], op. cit., 202-221).

alcanza su plenitud, y con ello la auténtica civilización, hasta la época contemporánea. Por otra parte, la esclavitud representa uno de los rasgos propios de las sociedades antiguas que las diferencia de las modernas, con unas consecuencias fundamentalmente negativas para las primeras tanto en el plano económico como en el moral. El mundo antiguo resulta, por tanto, un elemento esencial en las reflexiones de estos estudiosos, entre otras razones, por la relativamente abundante información sobre el mismo. No obstante, en ningún momento se plantea una recreación idealizada de esas sociedades antiguas. Antes al contrario, se destacan las limitaciones estructurales de aquellas naciones y la enorme distancia que las separa de los Estados modernos, en última instancia por la distinta organización económica que permitía en la modernidad un desarrollo económico en una escala sin parangón en la historia. Desde esa perspectiva, el mundo antiguo no representa ningún ideal.²⁰

5. Muy recientemente, el conocido profesor de Oxford Fergus Millar ha publicado un interesante trabajo sobre las distintas interpretaciones históricas de la república romana, desde la Antigüedad hasta nuestros días.²¹ En su estudio, Millar destaca que el modelo romano republicano ha sido centro de la reflexión política desde la propia época antigua, como lo muestra el tantas veces mencionado libro VI de las *Historias* de Polibio. Pero, en lo que afecta a la época comentada en nuestro trabajo, el propio Millar recuerda que los modelos políticos grecorromanos están presentes en todas las reflexiones políticas del siglo XVIII, pero no como modelos a seguir, sino a rechazar.²² Los Estados más dinámicos del momento no sienten añoranza por las repúblicas antiguas, más bien confían en sus propias fuerzas y en el empuje civilizatorio de su progreso político, económico y cultural. El fragmento comentado de las «General Observations on the Fall of the Roman Empire in the West», al final del volumen III de la *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, se puede citar como un ejemplo paradigmático de esa interpretación.

Este breve recorrido ha pretendido mostrar que, como se ha señalado recientemente, en el siglo XVIII había «muchas Romas», algunas incluso contradictorias entre sí, según la distinta mirada de quienes volvían los ojos a la Antigüedad.²³ Si en el campo de la estética, la arquitectura o las Bellas Artes, el mundo antiguo grecorromano seguía representando el canon de referencia, en otros terrenos el legado de la Antigüedad tenía un peso menor o, mejor, el mundo antiguo se analizaba como una etapa histórica de indudable importancia, pero que la realidad moderna había superado. Desde el punto de vista de la historia de la tradición clásica y de la relación de la modernidad con el mundo antiguo, la conciencia de esta dicotomía supone una premisa metodológica importante. El interés de un acercamiento tal es que presupone una concepción más histórica del mundo antiguo, como resultado a su vez de una evolución de una etapa anterior y con un desarrollo ulterior. Se enriquece así la visión sobre el mundo antiguo, alejándose de una concepción excesivamente inmutable y rígida, fuente de modelos y referencias por encima del tiempo y las sociedades históricas concretas. En ese sentido, la *interpretatio* de cada época se explica a partir de la mirada particular de esa época sobre el pasado, directamente ligada a la mirada sobre su propio presente.²⁴ En esa mirada entre pasado y presente, que a su vez nos remite al futuro que se

²⁰ Schneider, art. cit., 461 ss.

²¹ F. Millar, *The Roman Republic in Political Thought*, University Press of New England 2002.

²² F. Millar, op. cit., 131 ss.

²³ K. Berland, «A City Endlessly rewritten: Some versions and Appropriations of Rome in the Long Eighteenth Century», *Eighteenth Century Studies* 34/2, 2001, 287-298.

²⁴ A. Duplá, art. cit., 354.

pretende alumbrar, aplicada en este caso al mundo europeo occidental de la segunda mitad del siglo XVIII, encontramos ese notable interés por el mundo clásico, pero sin nostalgia alguna.